



## Roda da Fortuna

Revista Eletrônica sobre Antiguidade e Medievo  
Electronic Journal about Antiquity and Middle Ages

José Enrique Ruiz-Domènec<sup>1</sup>

Martín de Riquer, literatura e historia

El 16 de mayo de 1965, Martín de Riquer leía el discurso de ingreso en la Real Academia Española. El argumento sorprendió al público: *Vida caballeresca en la España del siglo XV*. El reputado filólogo y provenzalista, el autor de una ingente obra de investigación sobre el mundo de los trovadores, los cantares de gesta o la literatura catalana de la Baja Edad Media proponía como tema de su discurso de recepción una descripción de la vida de los caballeros en el siglo XV. Se acercaba así conscientemente a las propuestas del insigne medievalista holandés Johan Huizinga, bien conocidas en España desde la traducción en 1944 por la editorial Revista de Occidente de su célebre *El Otoño de la Edad Media* que había publicado en Leyden, en holandés, en 1927. El subtítulo de esta obra era “Estudios sobre las formas de la vida y del espíritu durante los siglos XIV y XV en Francia y en los Países Bajos”; una defensa de las posibilidades de la *Kulturgeschichte* para orientarse en el difícil territorio de las complejas relaciones entre la literatura y la historia. A esa línea de trabajo se acercaba dando un paso hacia delante con una juiciosa reformulación de la historia de la literatura demostrando lo incoherente que era investigar las novelas (incluida *el Quijote*) sin poner el relato en su contexto social. Era la manera de Riquer se rendir homenaje a un libro que le gustaba mucho: *French Chivalry* de Sidney Painter (1940); cuyo subtítulo “Chivalric Ideas and Practices in Medieval France” indicaba un camino a seguir.

Riquer ante un público tan expectante como sorprendido de su decisión, incluido Damaso Alonso que era el encargado de responder en nombre de la corporación al recién académico; lo hacía, según propia confesión, en su calidad de catedrático de Filología Románica, sin que eso hiciera olvidar que se estaba delante de un eximio poeta miembro de la generación del 27, consciente de que lo acababa de escuchar debía ser razonado. Así escribe: “El tema de los caballeros de la realidad es inseparable del de los caballeros de la fantasía”; prueba que Alonso no era ajeno a que Riquer estuviese vivamente interesado en dos grandes novelas sobre la

<sup>1</sup> Profesor en la Universitat Autònoma de Barcelona/Institut d'Estudis Medievals. Miembro de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona.

caballería, el *Tirant* y el *Quijote*, y por eso repasa alguna de las obras que revelan claramente la intención de llegar a estas conclusiones donde se enlaza la literatura y la historia.

En cualquier caso lo que aparece en el discurso en la Real Academia española es el núcleo que dará lugar poco después a uno de sus libros más justamente celebrados, *Caballeros Andantes españoles* (publicado por la editorial Austral en 1966, y que hoy el lector puede saborear en la excelente edición de Gredos de 2008). Entender a Riquer en este crucial momento de su vida es reconciliarse con la combinación de literatura e historia que utiliza para describir, definir e interpretar la vida caballeresca en la España del siglo XV. En *Caballeros andantes*, esa combinación tal vez esté mejor representada que nunca: una narrativa en un breve volumen, maravillosamente construida, de la vida caballeresca como efecto de una mimesis literaria de finales de la Edad Media. Con el fin de lograr su meta, y vaya si lo logra, el libro deja deliberadamente de lado el propio análisis metodológico. Era la forma habitual de indicar que lo importante es el producto de la investigación; no las bases teóricas en la que se asienta.

Riquer se tomaba la literatura muy en serio; aunque no le gustaba teorizar; lo suyo eran una especie de “recomendaciones” de erudito ante las dificultades de la lectura de algunos textos literarios o no literarios que hablan del mundo vital de una clase social determinada, la nobleza trufada en caballería andante. A ese respecto tenía siempre presente (¿cómo no tenerlo?) el diagnóstico de Cervantes en el *Quijote* sobre esta literatura en la que cabían a partes igual libros extravagantes y libros excelentes. En lugar de recurrir a una disquisición teórica sobre el fenómeno literario de las novelas caballerescas, al modo de lo que por esos años hacía en Alemania Eric Köhler con su modélico *Ideal und Wirklichkeit in der höfischen Epik* por citar sólo un relevante ejemplo en el campo de las Literaturas Románicas, vemos en Riquer al lector interesado en los clásicos del Siglo de Oro, apoyado en su autoridad, profundizando si un libro de caballería vale la pena y que efectos tiene en la conducta de unos hombres de carne y hueso que se creen personajes literarios. Es un papel auto impuesto sin la menor vanidad intelectual, pero es un error pensar que lo hiciera por no estar al corriente de las tendencias teóricas de su tiempo en el campo de su disciplina, o por rechazarlas. Lo hacía más bien por un efecto de su gusto erudito: refería la actitud de quien aborda las relaciones literatura e historia desde la práctica de un fenómeno social que está en medio de ambas: la caballería andante.

Todo el mundo reconoce hoy en día que el gran hallazgo de Riquer en

los años sesenta fue haber establecido un marco interpretativo para la literatura caballeresca que, de pasada permitió entender mucho mejor el fenómeno social de la nobleza europea (ya que en este asunto intervienen muchos nobles que llegan de más allá de los Pirineos). Las andanzas de estos “caballeros andantes”, los que acudieron al *Paso Honroso* convocado por el noble leonés Suero de Quiñones en Puente Órbigo, que contó con un notario para dar fe de lo que allí iba a suceder y de otros muchos, le ofreció una oportunidad de establecer los nexos entre la literatura y la historia: la literatura que sirvió de inspiración a estos émulos de Lanzarote, Tristán o Amadís, y la historia de unos nobles que vieron en las andanzas caballerescas un modo de vida glamuroso como exigía la cultura del gótico borgoñón imperante en Europa en el siglo XV.

Desde el inicio, la mayor preocupación de Riquer era definir el comportamiento de estos individuos tan afectos por la lectura de una literatura fascinante a la vez que heroica. Esencialmente era la misma situación que vivió el famoso hidalgo manchego Quesada o Quijada cuando por un desbordante afán de lectura se convirtió en un caballero de los de la literatura: la mimesis de quien no sabe distinguir entre lo que es y su espejo en lo que lee. Algo habitual. En su enseñanza universitaria, como en el papel, Riquer nunca se libraba de la preocupación por establecer los nexos entre literatura e historia, además de perfilar el efecto de la lectura en una clase social. Es aquí donde se produce la distancia con sus colegas de profesión poco proclives a seguir esos argumentos de lo que hoy se suele denominar un conocimiento “transversal”, en su desarrollada noción de público lector (una herencia de Erich Auerbach, cuyo libro *Mimesis* estaba muy presente en sus trabajos), en su decida intención de fijar los límites entre lo literario y lo histórico, entre la ficción y la realidad.

Nació así en estas circunstancias su monumental *L'arnés del cavaller* (Ariel, 1968), un libro adecuada para un momento adecuado. A finales de los años sesenta, se estaba fijando una nueva perspectiva en las relaciones entre literatura e historia, y en este trabajo sobre las armas y armaduras que aparecen en las crónicas catalanas y en las novelas del siglo XV se da ese paso hacia delante para conectar con esos nuevos tiempos. Riquer, gracias a su formación superior, entiende las referencias literarias de muchos actos sociales de la Edad Media o de la primera Edad Moderna (llega hasta el *Quijote*) pero, en su línea de trabajo, descarta extraer una máxima de esta especial relación. Incluso tras leer los ensayos de poética de Paul Zumthor percibe el aura de una necesidad “poética” del acto social como queda reflejado en la literatura: *Vida i aventures del cavaller valencià don Pero Maça* (de 1984; excelente al edición de Quaderns Crema der 2004) expresa del mejor modo posible la determinación de Riquer

Ruiz-Domènec, José Enrique.  
Martín de Riquer, literatura e historia.  
[www.revistarodadafortuna.com](http://www.revistarodadafortuna.com)

de seguir en su línea de trabajo, ofreciendo ejemplos de la relación entre la literatura y la historia sin necesidad de extraer una teoría o una poética a ese respecto. Una línea que sigue de cerca Michelle Szkilnik en su bello libro *Jean de Saintré. Una carrière chevaleresque au XV<sup>a</sup> siècle* (Paris, Droz, 2003).

Y es que, ciertamente, este es uno de los grandes legados de Riquer: un legado ineludible, me parece, para cualquier joven investigador que aspire a superar el analfabetismo histórico que avanza sin parar en estos años.